

# Info-ricos e info-pobres

## *Navegando sin remos sobre la cresta de la ola*

©Artemio Baigorri

(Septiembre 1998, publicado en el diario HOY)

La fractura fundamental de las sociedades ricas avanzadas ya no viene determinada únicamente por el acceso a la propiedad de los medios de producción, ni siquiera por el factor de división en grupos de estatus determinado por las diferencias en el consumo. El acceso a la Información, y a través de ella al conocimiento, condiciona hoy en mayor medida la división y la estratificación social. De ahí que hoy hablemos, también, de *inforicos* e *infopobres* como categorías sociológicas reales.

No debemos olvidar, cuando hablamos de la Internet como instrumento de la globalización, que la red, si bien permite el acceso a parte de los bienes informativos desde cualquier punto del planeta, sea urbano o rural, esté situado en un país rico o en una lejana región de un país en desarrollo, precisa de un elemento fundamental: la infraestructura de las telecomunicaciones. Hoy por hoy, más del 50% de las terminales Internet están en Norteamérica, en torno a un 20% en Europa occidental, sobre un 25% en el conjunto de Asia, y el resto del planeta se reparte apenas un 5%. De los 35,5 millones de puestos registrados en Internet en enero de 1998, en Vietnam, Zaire, Sudán, Ruanda, Somalia o Haití no había ninguno; en Uganda, Túnez, Cuba, Camboya, Etiopía, Albania, Nigeria o Túnez había menos de 100; en el Reino Unido había 1,2 millones.

Ni siquiera en los países centrales del sistema mundo podemos hablar de un acceso igualitario a estos nuevos bienes de producción, conocimiento, consumo y en suma poder,. En los Estados Unidos, mientras el 66% de los hogares urbanos de clase media y alta poseen ordenador, entre los hogares pobres de las zonas rurales sólo el 4,5% los poseen.

En nuestro país las diferencias no son menos abismales. Una encuesta que acabamos de hacer a los universitarios extremeños (que no olvidemos, todavía proceden fundamentalmente de las clases media y alta de la región) nos muestra las diferencias en el acceso a las infraestructuras de la Sociedad de la Información en función de los ingresos familiares: si entre los estudiantes cuyas familias ingresan al mes más de 400.000 pesetas el porcentaje de los que poseen al menos un ordenador en casa alcanza el 72%, entre aquellos cuyas familias ingresan de 300 a 400.000 el porcentaje de los que poseen ordenador se reduce a un 69%; entre aquellos cuyas familias ingresan menos de 200.000 este porcentaje se reduce a un 50%.

Las diferencias son también abrumadoras en el acceso a Internet: mientras entre los estudiantes cuyas familias poseen mayores ingresos el porcentaje de los que pueden acceder Internet es de un 49%, entre los que obtienen los menores ingresos este porcentaje se reduce a un 28%.

Los datos conocidos a nivel nacional corroboran esta estructura, como se observa en el más reciente EGM: mientras casi un 29% de la población de clase alta (un 32% en el caso de la clase media-media, más ilustrada) tiene acceso a Internet en España, el porcentaje se reduce a un 9% para la población de clase media-baja, y a menos de un 3% para la de clase baja. Así como se manifiestan graves diferencias territoriales: en torno a un 12% de la población navarra o catalana tiene acceso, mientras en Extremadura este porcentaje se reduce a un 3,3% (aún es más bajo en Castilla La Mancha, con un 2,3%). Mientras la población extremeña supone algo más de un 3% de la población española, los 'conectados' extremeños (unos 29.000) suponen apenas un 1,2% del total nacional. Estos son los hechos.

Estas diferencias las percibimos a veces de forma sangrante los profesores universitarios cuando intentamos que nuestros alumnos trabajen

haciendo un uso intensivo de estas nuevas tecnologías, habida cuenta de la insuficiencia manifiesta de las aulas de informática de nuestras facultades. Uno siente que aún no estamos donde deberíamos estar cuando un alumno pregunta si puede entregar su trabajo manuscrito (el fomento del trabajo en equipo ayuda, aunque no siempre, a superar estas limitaciones).

Naturalmente, no debe mitificarse la nueva Sociedad de la Información. Como no debe mitificarse Internet: la potencia no está en lo que puede obtenerse de la red, sino en lo que se puede introducir, y sobre todo en la administración de esas informaciones. Si no existe un desarrollo tecnológico, científico, incluso ideológico -la red es también un instrumento esencial para la difusión de nuevas ideas y formas de pensamiento, en suma ideologías-, de poco sirve estar conectado a ella. Pero si no se está conectado, y alternativamente tampoco se dispone de medios suficientes para estar a la última en publicaciones científicas -y eso es hoy por hoy una realidad en buena parte de las universidades españolas- uno se queda descolgado del Progreso. La Internet no es efectivamente la Sociedad de Información, sino más bien sólo uno de sus epifenómenos. Pero el acceso a la misma es fundamental para el desarrollo.

Por ello, la apuesta, por ahora formal, de nuestro gobierno regional por esta cuestión me parece incuestionable. De hecho, no ha dejado de sorprenderme que Ibarra, siempre con tan buen olfato para la dirección de los vientos del mundo, haya tardado casi dos legislaturas en darse cuenta de la importancia de la informática y todo lo que su entorno conlleva -también es cierto que el fiasco del *Dragon* debió quitar las ganas a cualquiera-. Y los ataques que algunos grupos políticos han lanzado contra la misma son sencillamente ridículos.

Pero, a la vista de la política del gobierno central en cuanto a las telecomunicaciones, hay una cierta lógica en esos ataques al *discurso telemático* de Ibarra. Pues los esfuerzos que los ciudadanos están haciendo por incorporarse a la Sociedad de la Información están siendo torpedeados sistemáticamente desde Madrid. La reciente reestructuración de las tarifas de Telefónica -monopolio de hecho en el acceso ciudadano a Internet- supone la profundización de esa fractura social a que hacíamos referencia: a las dificultades culturales, pero sobre todo económicas que las clases bajas tienen para hacerse con un equipo informático capaz de conectarse a Internet con cierta holgura (lo cual supone no menos de doscientas mil pesetas), y al coste todavía excesivo de las conexiones a través de servidores, se une ahora el coste brutal de las llamadas locales. Sin olvidar la escasez de inversiones en ampliación, mejora y modernización de las redes.

Sobre lo dicho podemos afirmar que si importante es la subsidiación de sistemas tradicionales de transporte y comunicaciones, como el ferrocarril o el transporte aéreo, no lo es menos hoy en día la dotación a la ciudadanía de un acceso fácil y económico a las tópicamente denominadas autopistas de la información. Y en este sentido, creo que la política regional a corto plazo en esta materia debería encaminarse en cuatro direcciones fundamentalmente:

- 1) Potenciación de la calidad en la enseñanza y la investigación en los centros universitarios orientados directa o indirectamente al desarrollo de las tecnologías de la información.

- 2) Una política de grandes convenios con las compañías telefónicas, tanto para una adecuada dotación de las llamadas autopistas de información en nuestra región, como para una política, durante varios años, de tarifas planas subvencionadas en el acceso a Internet (estos convenios con las compañías telefónicas deberían incluir la ruptura de la frontera: paradójicamente es el teléfono, uno de los símbolos de la globalización, el único elemento físico y claramente marcado que sigue mostrándonos la existencia de una frontera entre Extremadura y Portugal).

- 3) Creación en todos los pueblos y los barrios de las ciudades de nuestra región de lo que podríamos denominar *infotecas*. Las infotecas no son otra cosa que centros públicos dotados de numerosos ordenadores conectados a Internet, en los que los estudiantes de cualquier edad capaces de manejarlos y que no cuentan con medios económicos para tener uno propio podrían trabajar en y sobre la red. La iniciativa privada, en las grandes ciudades, ha respondido a esta demanda mediante la creación de los

denominados cibercafés; pero obviamente esto no resuelve las diferencias entre info-ricos e info-pobres. Hoy las infotecas son sólo una palabra que se me acaba de ocurrir; pasado mañana serán un servicio público tan fundamental como las bibliotecas, las hemerotecas, o los museos. Ojalá que mañana mismo sean un servicio disponibles para los ciudadanos de bajos recursos en Extremadura. La creación de esta red de infotecas supondría una fuerte inyección económica en el sector, además de la creación de numerosos puestos de trabajo para nuestros futuros egresados, en biblioteconomía, documentación e informática.

Hay que insistir en ello: quedarse fuera de la Sociedad de la Información va a equivaler a quedarse fuera del Progreso. Por otra parte he repetido hasta la saciedad que la posición actual de nuestra región la convierte en una buena candidata para la implantación de centros de teletrabajo, que son las fábricas limpias de la sociedad de la información. Si bien tampoco debemos olvidar que los bajos índices relativos de formación del capital humano constituyen un elemento muy poco competitivo para el desarrollo de los nuevos sectores relacionados con la Sociedad de la Información.

Todo ello exige una apuesta decidida, y por supuesto muy cara. El gobierno regional no debe temer el riesgo que esto supone: las generaciones futuras sabrán, si no agradecerlo, al menos aprovecharlo.